

Reseñas

Instrucciones para adentrarse en el laberinto

Pedro TOMÉ

Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC
pedro.tome@cchs.csic.es

FERRÁNDIZ, Francisco. 2012. *Etnografías contemporáneas. Anclajes, métodos y claves para el futuro*. Barcelona: Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Bajo la apariencia de un inocente manual de metodología ofrecido a quienes por vez primera deben enfrentarse al trabajo de campo, Francisco Ferrándiz presenta una genuina y rigurosa propuesta en defensa de una etnografía en la que “no todo vale.” (2012: 191) Y ello por mucho que se asiente en la imaginación etnográfica y la flexibilidad que exige sortear las pruebas que plantea una realidad sociocultural parangonada con un laberinto que recuerda al *Mazeway* de Wallace, al que por cierto no cita. Como otras obras concebidas para uso de los que se inician en la práctica antropológica, la presente incluye un extenso capítulo acerca del proceso etnográfico en el que se repasan críticamente los procedimientos, los métodos y las técnicas que es preciso manejar con una cierta soltura para salir airoso de los envites que los diferentes contextos socioculturales plantean. A diferencia, no obstante, de la mayoría de los “manuales” conocidos, el citado capítulo está escrito desde una nítida animadversión a cualquier dogma, teórico o metodológico, que pueda convertir en estéril el trabajo de campo. Fruto de esa deliberada actitud es la presentación de una historia diferente de la disciplina; una historia que sino exhaustiva, pues tal no es preciso, es mostrada como una continua sucesión de fructíferos debates, de disputas sobre ideas y contenidos. En todo caso, las páginas de este libro asumen nítidamente que cualquier controversia, incluyendo las deseables que han impedido el anquilosamiento de la disciplina, se cierran siempre que es posible con el trabajo de campo. Con ello, Ferrándiz, en estos tiempos de gabinetes y despachos, apuesta por la centralidad del trabajo de campo aún para abordar la globalización y sus múltiples aspectos. Un campo, por supuesto cambiante y que, en otras ocasiones, ha identificado con un “campo minado”.

Diríase incluso que el libro en su conjunto ha sido concebido desde esa perspectiva. A pesar de que los títulos de los epígrafes podrían sugerir una cómoda lectura de temas clásicos de la metodología etnográfica, quien lo tenga entre sus manos puede encontrarse una auténtica bomba de relojería dispuesta en cualquier página

y escondida entre la narración de sus propias experiencias de campo (lástima que la lectura no se haya hecho más atractiva y descansada trasladándolas con una tipografía diferente a la del resto de la obra). No se trata, sin embargo, de una narración autobiográfica porque cada vez que el autor se hace personaje entre las páginas del libro es para remitir a reflexiones de las que se considera deudor. Reflexiones, por lo demás, que se insertan entre las disputas más recientes que ha producido la antropología social y que, en numerosas ocasiones, son presentadas como debate abierto para no condicionar una futura experiencia etnográfica del lector. Y ello, aunque en algunos casos la propia estructura de la obra permitiría una toma de partido más nítida del autor.

La prudencia, supongo inherente al que busca bien la salida al laberinto bien cómo llegar a su centro, hace que lo que parece en un momento propuesta ingenua sobre cualquier aspecto de la realidad sociocultural se descubra, al trasluz de la experiencia vivida ante un espíritu *malandro* seguidor del culto de María Lionza o en la exhumación de una fosa de la represión franquista, como recurso inexcusable para “sortear y complementar el potencial déficit de profundidad etnográfica” que algunas investigaciones, particularmente las multisituadas, pueden arrojar. De hecho, si el libro incluye un breve capítulo sobre algunos de los trabajos de campo considerados clásicos y los problemas que plantean, es en la reflexión sobre la etnografía del mundo contemporáneo donde exhibe su mayor potencialidad al aunar los problemas teóricos que el mundo globalizado presenta con las formas que la etnografía está desarrollando para acercarse a ellos. El análisis de los “nuevos escenarios de la etnografía” permite a Ferrándiz manifestar un cabal conocimiento de las tendencias metodológicas más novedosas, con sus aciertos y errores. Autor tras autor, a veces con tanta proliferación que resulta difícil seguir quién dice qué, los múltiples debates acontecidos tras la irrupción de la postmodernidad son presentados desde las ideas y obras de quienes en ellos se han insertado para mostrar cómo la antropología social ha ido cambiando al ritmo que lo hacía el mundo social. En este marco, Ferrándiz pretende mostrar que no muestra una adhesión inquebrantable a algunas corrientes que se han podido vender desde ciertos ámbitos como lo más de lo más. Y así, aunque deja entrever una cierta fascinación por la libertad metodológica inherente a las etnografías multisituadas/multilocales, ofrece el contrapeso de las “fórmulas de coexistencia de metodologías clásicas y de última generación” (2012:210) como las etnografías multiescala y, sobre todo, desde la “multidimensionalidad” de Besserer. En ese sentido, aunque analiza las formas en que el holismo consustancial a la disciplina se ha visto afectado por las rupturas de las rigideces metodológicas, y consecuentemente los nuevos modos de producción de escritura etnográfica, tal vez, pero esto es gusto del que escribe estas líneas más que deficiencia del libro, hubiera venido bien haber hecho más énfasis en los beneficios derivados de reconsiderar el valor de las limitaciones autoimpuestas cuando se opta por un estudio arbitrariamente “situado” que, no obstante, puede convertirse en ventana abierta hacia la complejidad (Candea, 2007).

La referencia a los nuevos escenarios en que ha de moverse la etnografía en una realidad que muda a gran velocidad conduce a Ferrándiz a plantear una etnografía

en la violencia, más por responsabilidad moral que por gusto teórico ante lo novedoso: “los antropólogos tenemos el compromiso ético de investigar la violencia de nuestro entorno hasta donde nos sea posible y a medida que se manifieste en cualquier otro proyecto de investigación, aunque no esté directamente relacionado con ella.” (pág. 214) Como puede deducirse este imperativo autoimpuesto, con el que Ferrándiz quiere situarse en la línea del “compromiso ético y metodológico con los de afuera y los de abajo, tan afín históricamente a la disciplina antropológica” (pág. 217), no plantea solamente la posibilidad de fijar una nueva etnografía de la violencia, aunque así lo haya hecho en otros escritos suyos, sino la necesidad de adentrarse en los vericuetos metodológicos que hay que recorrer para poder desarrollar una etnografía, clásica diríamos, en contextos de violencia cotidiana incluyendo aquellas que parecen invisibles para los medios de comunicación y la sociedad en general. De algún modo, por tanto, Ferrándiz se sitúa en la estela de los numerosos precedentes que desde la antropología política han propuesto de manera reitera el estudio de los espacios de poder y los modos en que se concretan. Lo novedoso de su invitación es vincular dicha exigencia con la necesidad de ampliar los campos de propuestas multisituadas que en su día sugiriera Marcus incluyendo en la investigación la necesidad de “seguir a los cuerpos”, uno de los focos que de forma explícita o implícita aparece a lo largo de toda la obra.

En suma, las “etnografías contemporáneas” que Francisco Ferrándiz muestra nos ofrecen un mapa con claves para interpretar un presente laberíntico y un futuro incierto en el que el trabajo de campo, aun ganando en sofisticación, sigue siendo una experiencia central en la producción del conocimiento antropológico.

Referencias bibliográficas

CANDEA, Matei

2007 “Arbitrary locations: in defence of the bounded field-site”, en *Journal of The Royal Anthropological Institute*, 13: 167-184.